



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 22 DE OCTUBRE DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

## La línea infinita de la duda

PASADO, PRESENTE Y FUTURO: HOY  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

A los seis años, Isaac cruzaba la reja que servía de límite a la ciudad, para pasar del otro lado, camino a la escuela primaria. Tardaba diez minutos en avanzar cinco cuadras y media y justo antes de llegar a su destino, encontraba una casa blanca de tejones rojos, con una ventana hundida en forma de triángulo que miraba a la calle por la que Isaac transitaba. Un día encontró a otro niño parado tras la ventana, observando a los transeúntes. Cuando Isaac lo notó, se detuvo y le dijo "Hola". Igual respondió el otro chico. "¿Tú no vas a la escuela?". "Hasta el próximo año". "¿Puedo venir a jugar cuando terminen las clases?". "Voy a preguntarle a mi mamá", y el más pequeño desapareció. Minutos más tarde regresó a la tela de alambre y gritó: "Dice mi mamá que sí". Isaac sonrió y se despidió mudo, con un adiós en la mano. El más chico respondió igual, agitando la suya de un lado al otro.

Isaac continuó su camino, cargando en la espalda con su mochila: Una bolsa rectangular de cuero duro en forma de cubo, con libretas de espiral y libros de portadas brillantes. Dentro de un compartimento más pequeño llevaba lápices, sacapuntas y borradores. Llegó a su pupitre: una silla de madera con respaldo individual en forma de paleta, que miraba al frente, hacia una pizarra verde, también de madera, que se extendía de una orilla a la otra.

La maestra vio cómo, uno a uno, los alumnos tomaron su lugar. Ella, de falda roja hasta las rodillas y blusa blanca de olanes, dio los buenos días. Cuando estuvieron listos los niños en sus pupitres, comenzó la clase: mostró a los pupilos cómo escribir las últimas letras del abecedario, marcando con una tiza blanca sobre la superficie verde de aquel invento originario del siglo XIX, (entonces: tabla pintada de negro: gema eterna del aprendizaje y la comunicación que en cuestión de décadas habría de transformarse en pizarra blanca con base metálica y finalmente en superficie para proyectar diapositivas de Power Point y Canva).

Durante toda la mañana, Isaac olvidó a su nuevo amigo... hasta que sonó el timbre de salida. Guardó sus materiales en la mochila y salió agitado del salón, cruzando el patio de recreo y luego la puerta de la escuela. Caminó unos metros y fue a tocar a la puerta de la casa blanca. "Hola". "Pasa". "¿Cómo te llamas?" "Ismael".

El pequeño Ismael traía consigo dos pistolas de plástico que podían llenarse con agua y disparar chorros del líquido traslúcido. Comenzaron a perseguirse el uno al otro.

La amistad crecería grande.

Y ellos también crecerían grandes: como montañas altas que alcanzan las nubes y que en ocasiones encuentran cúmulos negros que desatan tormentas. Aprenderían que cargaban con historias familiares: provenían de linajes que no encontraban la convivencia... Animales heridos en sus propias batallas: no había forma de mediar sin herir a los padres. El respeto. Lo sagrado. El cariño. Sin forma de olvidar los odios alimentados por su



propia sangre: dolida y lastimada, hervida en cazuelas donde se cuecen los huesos: morcilla amarga; ira presurizada; lagar de muerte. Eso había significado crecer para ellos.

El grupo de música que habían formado durante la adolescencia finalmente se deshizo. Tenían canciones compuestas juntos: al amor imposible, a la traición de un beso, al poder y a la sagacidad de una cumbre de genios, al incoloro arcoiris, al despecho de la muerte que no nos arrebatara. Las notas alzadas de las guitarras eléctricas llegaban como adornos que son pasos gigantes de los bajos y las baterías, paseando por el murmullo de una voz desgarrada, la de la calma que explota al ser quebrantada. El grito y la sombra; el espectáculo incierto... y la memoria.

La memoria de un recuerdo lejano como la arena del desierto. En eso se convertiría su amistad con el paso de los años y la llegada de la vejez... una promesa no cumplida, una paz jamás encontrada. La rueda de los carruajes guiados por los jinetes del odio que fueron salpicando con lodo la acera, ensuciando el rostro de las descendencias. "Porque amor, amar es morir".

Tantos muertos. Tanto llanto. Tanto fuego.

Intestinos envenenados. Parroquias imaculadas. Vírgenes en espera.

La bola de fuego, libre en el vacío, no deja de girar nunca, hasta que muere.

¿Algo la detendrá? Un milenio de aliento. Dos milenios de aspiración, expiración y golpes que son hachazos, que son túneles de alacranes, que son rocas de enfermedades y hambre. La sombra sin destello: el miedo. Y entonces, viene el grito: "No me dejes". "Hazme eterno".

EL ROBO

OLGA DE LEÓN G.

No vayas, mamá, ya es muy tarde, pasan de las nueve de la noche. ¿A qué

hora regresarás?, seguramente cerca de la medianoche, o después... Es que en la mañana no me puedo levantar temprano, y hay cosas que necesitaré para hacerles el desayuno. Pues nos haces otra cosa, lo que sea que hagas estará bien; ¡todo te sale delicioso! Ya no salgas de noche a los supermercados, un día te puede suceder algo; el coche se te descompone o, como no ves muy bien, puedes colisionar con otro auto o con una barda, o un poste, en el mejor de los casos.

Fue esta última opción, la que la convenció de ya no salir de casa; al menos, no esa noche.

La siguiente mañana, comenzó un nuevo día, pero fue como si se repitieran las acciones del anterior. Las horas corrían y ella no avanzaba en casi ninguno de sus proyectos.

Todo fluía demasiado lento y el reloj parecía correr tanto como la luz del sol que juega a las escondidillas con los niños de ese pedazo del globo terráqueo; logrando meterse en los closets de la recámara y debajo de las camas. El cielo empezó a nublarse y cubrirse de nubes gordas y cada vez más bajas, hasta que reventaron como globos inflados que tenían en su interior pelotitas blancas y minúsculas, heladas... En ese incipiente verano, tuvimos la primera granizada del año.

El clima mejoró, y por fin, iría al supermercado en hora adecuada, a las 12:30pm. No tardaría, solo iba por tres o cuatro artículos indispensables: leche, lechuga, limones y... Antes, debía cargar gasolina, pidió tanque lleno; pagó poco más de mil pesos: esta había aumentado en solo quince días; a pesar de la promesa federal de que eso no sucedería, ¡en fin!

Uno de los empleados, cuando su compañero levantó la tapa del cofre, exclamó: ¡lo trae muy bien cuidado!, ¡qué limpio! Sí, en todo lo elemental y básico; pero, ¡no lo vea por dentro!

Primero llegó a la estética "Shine" de

Lupina y cuando esta, personalmente, abrió la puerta, después del saludo efusivo, le dijo: Extravié tu teléfono Lupina, hace semanas o meses que he querido venir, pero ya no puedo salirme de casa con facilidad, así que necesito tenerlo para sacar cita. Tú no la necesitas, llega cuando quieras, y si estoy desocupada, en ese mismo instante te atiende, amiga. Gracias, de todas formas, mejor dame tus teléfonos: el hijo y el celular.

Le habría gustado que le hicieran un corte en ese mismo instante, que le dieran forma al malhecho por ella misma hacía tres meses, pero no tenía tiempo ni traía efectivo; apenas iba al cajero. No te preocupes amiga, vente después del cajero, o en cuanto te desocupes.

Ese "en cuanto te desocupes", tardó más de dos horas y un océano de ansiedad y angustia, por el tiempo que dejó al esposo en casa, sin darle aún de comer. Él iba dando muestras de mejoría ligera y de mayor control de los problemas de memoria, era muy grato verlo consciente y participativo, aunque su movilidad seguía siendo un problema mayor, igual que sus eventuales dolores...

Entrar a un supermercado, debía estar restringido para ella. Solía perderse, buscando algo y llevando cuanto veía en oferta, lo tuviera o no en casa: por si no volviera a salir a surtir, pronto.

Por fin le puso punto final al recorrido de pasillos y a la búsqueda de productos que estuviesen en oferta o le hicieran falta. Se encaminó hacia "Servicio al cliente", les pidió que le cuidaran su mandado, mientras iba al baño. A punto de salir de allí, recordó que había dejado el celular en el sector de higiénicos, encima de los rollos de 18, para poder echar uno de ellos al carrito. Salió, rápidamente, y en Servicios al cliente, preguntó si alguien hubiese entregado un celular de color azul brillante, marca "X".

No, nadie. Pero, no perdió la esperanza de que pudiera estar aún en donde lo dejó. En ese momento se acercó una empleada que la conocía desde hacía años. "démeme ir, yo camino más rápido... ¿dónde dice que lo dejó?" La siguió, llegó dos o tres minutos después. ¡Por supuesto que ya no estaba el celular! La empleada que le ayudó a buscarlo abordó a una pareja y les preguntó si traían celular y si se lo podrían prestar para marcar al suyo, a ver si por allí estaba. Muy amable, la joven señora, sacó su cel., y se lo extendió. ¿Se sabe su número? No, contestó, solo la miró, y marqué a su celular.

Oiga, señor, después de escuchar un "bueno", masculino, "usted trae mi celular". Sí es que me lo traje para que no se lo fueran a hacer perdido si lo entregaba en la tienda... Pero, en donde está usted. Aquí mismo, en la tienda, preguntando si alguien hubiese entregado mi teléfono. Me es indispensable para estar en contacto con mi familia, con mi casa... Por favor, regrémelo. Deme unos cinco minutos; es que mi novia... ¿En dónde la busco? En Servicio al Cliente. Ahorita se lo llevo.

Y el celular, contra pronósticos no favorables, dada la pérdida de valores, poca humanidad, etc., volvió a su dueña.



Doris Lessing

(Kermanshah, Irán, 1919 - Londres, 2013) Escritora inglesa. Nacida en Irán, donde su padre era capitán del ejército británico, en 1924 se estableció con su familia en Rhodesia del Sur (hoy Zimbabue). Los primeros treinta años de su vida transcurrieron en Rhodesia. Allí la pequeña Doris vivió una infancia problemática, condicionada por el paisaje africano y la frustración de unos padres (sobre todo su madre) que no consiguieron realizar sus sueños.

Se educó en varias escuelas de Salisbury (Harare), pero abandonó los estudios a los catorce años y se casó dos veces: primero a los 19, con un funcionario al que dio dos hijos, y en segundo lugar, por conveniencia, con el exiliado alemán Gottfried Lessing en 1944, un camarada del partido comunista con quien tuvo otro hijo, el único que la acompañaría a Londres cuando partió definitivamente en 1949.

El contacto con África y el profundo amor que sintió por esta tierra constituyó la materia narrativa de algunas de sus novelas; el tema de la emancipación de la mujer abunda también en su obra de ficción. En 1950 ya había publicado *Canta la hierba*, una novela que tuvo buena acogida acerca de la vida en África, a través de la cual se opone a la política racial en años en los que el tema no era bien recibido en Inglaterra. Gracias a esa novela, y sobre todo a su tenacidad, consiguió abrirse camino en el mundillo literario londinense a lo largo de los años cincuenta, al tiempo que pasaba de manera fugaz por el partido comunista británico y consolidaba su imagen de firme detractora de la segregación racial en África del Sur.

En las cinco novelas que componen la serie *Hijos de la violencia* desarrolló la vida de la protagonista, Martha Quest, en el ámbito racial y social de Sudafrica, sus esfuerzos para liberarse del círculo familiar, la disolución de su primer matrimonio (Un matrimonio convencional, 1954), su superación personal y su intervención en la política izquierdista de aquel continente, para regresar a Inglaterra en la última novela de la serie, en la que Martha Quest, ya de mediana edad, se ve envuelta en los acontecimientos sociales de su país. Las cinco novelas de este ciclo se titularon *Martha Quest* (1952), *Un matrimonio convencional* (1954), *Vuelta al hogar* (1957), *Al final de la tormenta* y *La costumbre de amar* (ambas de 1958).

Aparte de demostrar ser una notable autora de narraciones breves (como en el volumen *Cuentos africanos*, de 1951), Lessing también incursionó en el terreno de la fantasía como ángulo de observación de la condición humana, un género definido como "space or cosmic fiction". *Conopus* en Argos. Archivos (1979-83) es el título de este ciclo concebido bajo las leyes de aquel género y que comprende obras como *The Marriages Between Zones Three, Four and Five* (1980), *The Sirian Experimente* (1981), *The Making of the Representative for Planet 8* (1982) y *The Sentimental Agents in the Volyen Empire* (1983). Con este ciclo rompe con el realismo tradicional y describe acontecimientos épicos y míticos de un universo ficticio.

Pero probablemente sea El cuaderno dorado (1962) la novela que más fama haya otorgado a Doris Lessing. El cuaderno dorado es un relato de sus experiencias colonialistas, sus relaciones con otras mujeres, su vida intelectual en los ambientes progresistas y marxistas de Salisbury y Londres, sus dificultades como novelista y su desencanto revolucionario, paralelo a la madurez y a la angustia ante la soledad.

En 2001 recibió el premio Príncipe de Asturias de las Letras y en 2007 el premio Nobel de Literatura.

*ad pèdem literae*

La felicidad no consiste en adquirir y gozar, sino en no desear nada, pues consiste en ser libre.

Epicteto de Frigia

Letras de buen humor

No hay duda de que la ficción hace un mejor trabajo con la verdad

Doris Lessing

Mónica Lavín

## El carretón del desierto

La película del cineasta Jorge Prior, que se presentó en el Festival de Cultura de la UNAM, arranca con la contundencia de un paisaje que nos engulle: ese verdor del arbusto bajo de la zona semiáridas del norte de México donde se trasluce el suelo arenoso y el cielo de un azul total es una sombrilla que no detiene al sol. En el largometraje documental *El carretón del desierto*, los cómicos errantes —como se definen Kasia y Jaime— recorrerán kilómetros y rancherías de San Luis Potosí, Zacatecas, Durango y el borde de Coahuila llevando espectáculos de títeres a plazas y claros para deleitar a niños y adultos. Una apuesta de vida inusitada en estos tiempos. Una pareja que defiende la libertad de una vida donde su pasión es el teatro de títeres. La familia Nudo los ha acompañado desde el principio cuando llevaban un solo títere en la mochila a la espalda y en lugar de ese carretón jalado por caballos eran sus piernas las que los llevaban aquí y allá. En la presa de Santa Gertrudis ya los adoptaron, son preseños, ahí es donde se estacionan de cuando en cuando y donde esperaron al caballo y la mula y el burro que también son su familia y que sin ellos sería imposible que esa carreta la hiciera de transporte, de casa y de escenario por las veredas de tierra del desierto mexicano. Al principio tenían que volver a Europa una vez al año y trabajar en restaurantes o bares para reunir el dinero que les permitiera financiar la vuelta a México y la travesía de el desierto.

Después de cada función se coloca el bote donde la gente que quiera contribuirá con monedas o entregará una bolsa de frijol o de arroz, o los invitarán a comer. Kasia cuenta cómo al principio lloraba de hambre con la incertidumbre de cuándo llegarían a un lugar para poder comer algo. Pero han aprendido de la gente y del paisaje y tan pronto cazan una liebre, que Jaime cocina porque era chef en España, mientras ella se aboca al diseño de la función porque estudió arte dramático en su natal Polonia. Todo suena extravagante. Se conocieron en la India en un curso y después de estar un rato en España aterrizaron en la zona de Wirikuta y desde entonces no han dejado de caminar. Ahora sabemos que en el desierto nació su pequeño hijo, pero cuando Jorge Prior se enteró por una noticia en el periódico de esta errancia artística y se comunicó con ellos hace siete años aún no estaba en la familia. Con un reducido equipo de cámara, asistencia y sonidista, Prior hizo ocho viajes acompañándolos en el camino, en la fogata, en la función. También se le ocurrió que los títeres contarían parte de la historia de su extranjería en el paisaje mexicano. Por eso en la película se puede disfrutar una especie de monstruo de mar en un socavón del paisaje ocre dialogando con un insecto gigantesco o una biznaga con careta y manos de vara.

En el paisaje donde las yucas entretienen su ramaje, acariciándose en el silencio, el colorido carretón del desierto que la sensi-



bilidad de Prior y de camarógrafos como César Gutiérrez Miranda, Rodrigo Rodríguez han sabido captar desgranar una melodía optimista. A contrapelo de las historias violentas de nuestra identidad contemporánea, *El carretón del desierto* nos muestra que también corren por las venas del país proyectos que nos acercan a lo primario, como los crepúsculos que en ese paisaje de escasa humedad pintan de otros colores el horizonte celeste. Una historia perseguida entre los avatares de la vida, por la necia voluntad de contar y escuchar a sus protagonistas, personajes inolvidables como los títeres que con humor y arte llevan la imaginación a apartados lugares, un estilo de película que ya caracteriza la mirada de Jorge Prior que, unos años antes,